

216
LA NOVELA SEMANAL
BENITO MÁZ Y PRAT
UNA SERENATA DE SCHUBERT



R. 42.070

LA NOVELA SEMANAL

AÑO V

29 AGOSTO DE 1925

NÚM. 218



BENITO MÁS Y PRAT

Una serenata de Schubert

NARRACIÓN

(Ilustraciones de BALDRICH)



PUBLICACIONES
PRENSA GRÁFICA
MADRID

BENITO MAS Y PRAT

En Sevilla, y en uno de sus más bellos lugares—el Parque de María Luisa—, tiene Más y Prat su monumento. Culmina el busto del poeta el banco circular, grato á los amantes, los contemplativos y los solitarios. Recibe fervores silenciosos, confidencias eróticas, remembranzas donde la nostalgia de otros días hace temblar los acentos viejos. Y de cuando en cuando busca el reposo y la sombra del amable sitio alguna nieta de aquellas garridas mujeres que el poeta cantara y García Ramos dibujara en el inolvidable libro La tierra de María Santísima.

Con todo ello, la efigie de Benito Más y Prat se encuentra rodeada de las figuras, los motivos y sueños que amó en vida el escritor.

Y por la noche—suavidad inefable, hechizo fragante de las noches sevillanas cuando es primavera y el Parque es como una copla de flores—aún más todavía cuanto evoca el busto del poeta se animará

con el melancólico deleite que emana de los Nocturnos.

Los Nocturnos de Más y Prat, como las Rimas de Bécquer, son algo inseparable al alma andaluza. Amortiguados hoy, adormecidos en el más hondo misterio de los impulsos románticos, despiertan, no obstante, en cada espíritu de mujer que sueña y vibra en la voz de los adolescentes que aman por primera vez ó en la memoria de los senectos que se despiden ya de la vida.

Dieron á la lírica española de mitad del siglo XIX una sutil condición de ternura sensual, de apasionada languidez, y tenían tal influjo en las normas emotivas de entonces, que á muchas composiciones ajenas se las adjetivaba benitianas por venir directamente de la influencia cordial y sensorial de Benito Más y Prat, y á la manera que se nombraban becquerianas las brotadas á influjo del creador de las Rimas.

¡Breve y colmada existencia la de Benito Más y Prat!

Nació en Ecija el año 1846 y murió en Sevilla el año 1892. Desde muy niño, la prematura orfandad le obliga á simultanear el comercio con las letras, y habla de consagrarse, por último, á éstas con tales ahínco y entusiasmo, que de ellas le vino la locura primero y la muerte al fin. Se consumió en sus propios fulgores aquella inteligencia clarísima. Tuvo su madu-

rez ese fuerte y urente esplendor de los estios andaluces. Diríase que la viva estatua ignea de su alma no quiso estar más tiempo sometida al molde humano del cuerpo, y luego de dar á sus contemporáneos la ejemplar fecundidad literaria de toda suerte de obras, la ofreció aquel trágico espectáculo del hombre ardiendo entre las llamas de su propio espíritu.

Benito Más y Prat—padre del admirable novelista José Más, que también consagra á Sevilla no pequeña parte de su obra—fué poeta, novelista, crítico dramaturgo, periodista.

Y en todas y cada una de estas actividades intelectuales reveló la felicísima unión de la fantasía y el sentimiento con la observación y la cultura. Lírico y analítico, romántico y realista, soñador y erudito, poseía el escritor astigitano la más amplia diversidad de capacidades sensitivas y cerebrales.

De este modo, su obra alcanza atractivo plural. Atrae las complacencias más distintas. Contiene encantos para opuestos temperamentos. Desde las estrofas juveniles de los primeros tomos poéticos hasta la zarzuela Agustina de Aragón, ¡qué magnífica serie de producciones de diverso género, en la que se destaca esa obra culminante en la moderna literatura andaluza titulada La tierra de María Santísima, suma y compendio de su talento, de su cultura y de su amor á la tierra natal!

Como poeta, Benito Más y Prat ha publicado los tomos siguientes: Brisas del Genil, Hojas secas, Nocturnos, el poema Idea de Dios y el drama La Cruz del Hábito.

Como novelista y cuentista, La redoma de Honúnculos, La dama blanca, Poemas vulgares, Estudios y bocetos y algún otro.

Como crítico, ensayista é investigador de temas de literatura y estética, las interesantísimas recopilaciones de estudios y artículos tituladas Misceláneas, Estudios literarios, Fantasías del año.

Como dramaturgo, además de La Cruz del Hábito—que coincidió con el estreno de En el puño de la espada, de Echegaray, y cuyo estreno por la Compañía de Francisco Delgado, en el teatro Cervantes de Sevilla, fué un extraordinario acontecimiento—es autor de La linterna de Diógenes, Prusia y Francia, Espíritu y Materia, Agustina de Aragón, etc.

Como periodista dirigió más de diez años El Eco de Andalucía; y finalmente, como costumbrista, La tierra de María Santísima, obra de inestimable valor descriptivo, anecdótico é histórico, consolidó para siempre su prestigio entre los maestros de la literatura española.

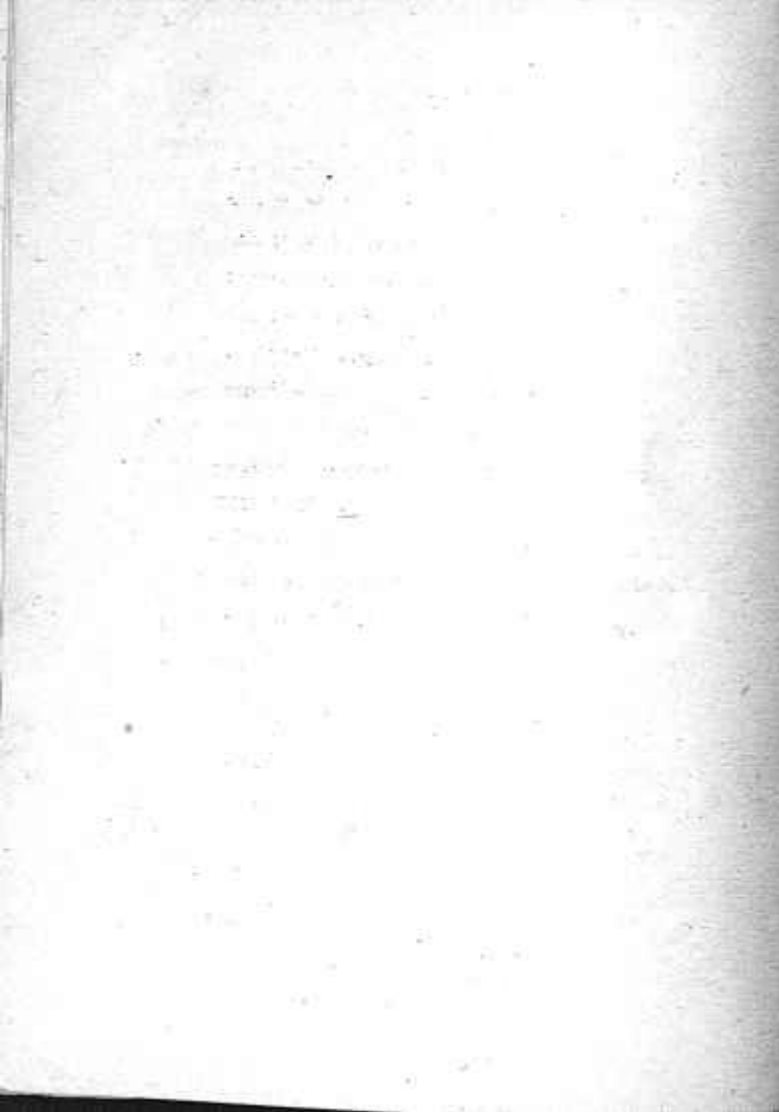
Es con este libro admirable con el que el fervor filial acomete la oportuna empresa de reeditar las obras completas del cantor de Andalucía. A los dibujos de

García Ramos sustituyen las notas nerviosas, ágiles, expresivas de Martínez de León. Al formato pomposo y de lujo, la edición manuable y accesible á todos.

En la revisión de valores del siglo XIX que acucia á los hombres del siglo XX, conscientes de que no todo lo nuevo es bueno y de que no por ser joven se tiene el secreto de ser mejor, le llega el turno á Benito Más y Prat.

LA NOVELA SEMANAL ha querido contribuir al resurgimiento de Más y Prat publicando Una serenata de Schubert, que refleja tan exactamente el temperamento y el estilo del hijo de la «Ciudad del Sol», del malogrado artista consumido en la interior llamarada de su espíritu propio.







Una serenata de Schubert

*Aún me parece oír aquel suspiro
De infinita tristeza
Que, temblando en el seno de las sombras,
Voló á lejanas tierras...*

I

Si es cierto que los recuerdos son la fuente inagotable de las inspiraciones del poeta, si las cuerdas del laúd, heridas por la mano invisible de las hadas, tienen en sus notas lamentos de esos seres desconocidos que pasaron por la tierra, no es extraño que al leer *Esperanza* escuchéis los tristes sollozos de la pobre mujer que me inspiró la estrofa que encabeza este ligero croquis.

Eran los últimos días del mes de Mayo. Cádiz empezaba á salir de su letargo, y alegres grupos de bañistas pululaban en el paseo de Apodaca y en la anchurosa plaza de San Antonio.

La hermosa hija de Hércules, rodeada con la faja azul de las olas del Océano y arrullada por sus livianas brisas, alzábase orgullosa en su pedestal como una estatua coronada de flores.

Esa animada multitud que en los veranos voltea en casi todos los puertos de mar, se revolvía en la capital andaluza con ese barullo encantador de las gaviotas de su playa.

En todas partes, tertulias, bailes, paseos, diversiones, desde la clásica velada hasta el circo parisien; desde la alegre fiesta andaluza hasta la atildada *soirée* de buen tono.

Su cielo parecía brillantarse con las constelaciones del estío; sus miradores y sus azoteas se coronaban de verbenas y de campanillas; sus elegantes cierros servían de límpido fanal á tentadoras imágenes.

Si los continuos azares de mi vida me hubie-

ran dejado el ánimo libre, la época á que me refiero hubiera sido para mí una perpetua delicia; mi estancia en Cádiz, como la de Byron, se hubiera señalado en mi cartera con una inscripción latina.

Mas en balde pululaban á mi alrededor todos los encantos de aquella deidad de verano. Mi alma, herida por penosos recuerdos, sólo gozaba en lo indefinible; el porvenir incierto, el presente triste y el pasado hermoso, no son precedentes á propósito para lanzarse en el torbellino de las sociedades; una noche en la playa, un paseo en el mar ó una tarde en el antepecho de aquellos torreones, eternos enemigos de las olas, eran para mí los más dulces y sabrosos pasatiempos.

Mi habitación estaba situada en el ángulo extremo de una de las calles que desembocan en el paseo de Apodaca, y uno de sus dos balcones, cubierto de poéticas persianas verdes, daban frente al mar, que se perdía á lo lejos.

Por la mañana despertábame el ruido de las olas al estrellarse contra los muros, y el grito penetrante de las gaviotas, que revoloteaban en

alegres bandadas, meciéndose en las aguas como en un columpio de espuma. De noche arrullaba mi sueño el rumor de la brisa marina, que besaba los árboles del paseo cercano, y el sonido armonioso de un piano, que repetía casi siempre, á la misma hora, la deliciosa serenata de Schubert.

Si se pudiese leer en el corazón humano y las pupileras no estuviesen exceptuadas del privilegio, estoy seguro de que la mía hubiera doblado el precio de mi habitación. En efecto, no habría cambiado por una cámara oriental, con almohadones y pebeteros, aquel pequeño gabinete que apenas podía contener mi estrecho catre de tijera, mi mesa de estudio y mi ropero de pino de Flandes.

Cuando, al mediar la noche, me reclinaba en la baranda de uno de sus balcones y tendía la vista en torno mío, parecía que el horizonte se ensanchaba prodigiosamente ante mis ojos y que el cielo y el mar, persiguiéndose sin tregua hasta los confines de lo visible, se unían en estrecho abrazo, tocándose así lo terreno con lo celestial, las ondinias con los querubes.



... El piano vecino parecía también acudir a la cita de aquellas nocturnas campanadas...

Las barquillas pescadoras que pasaban como pequeños monstruos con sus lucecillas en la proa, levantando luminosas estelas, partiendo en mil trozos los reflejados rayos de la luna; las blancas velas de los buques, que asomaban como fantasmas, creciendo al acercarse, cual esos gigantes de los cuentos de Oriente; las estrellas que pasaban tranquilamente por el cenit, como un ejército de chispas deslumbradoras; por último, aquel piano que tan cerca de mí parecía concertar el panorama y dar voces encantadas á toda aquella serie de objetos inanimados y animados, que desfilaban en tropel unos tras otros, todo, en fin, era para mí un tesoro inapreciable por el cual no habría vacilado en sacrificar mi bolsillo.

Cuando sonaban las doce en el reloj de las Casas Consistoriales de la muy noble y muy leal ciudad, siempre estaba en mi observatorio. El piano vecino parecía también acudir á la cita de aquellas nocturnas campanadas, y lanzaba al viento sus primeros preludios apenas se apagaban los ecos de sus últimos golpes.

A los pocos días fue para mí una necesidad aguardar aquellos acordes, que venían como un dulce bálsamo á caer sobre mis pesares y mis recuerdos. Las composiciones predilectas del desconocido artista eran preferentemente las de Beethoven y Schubert; la *Serenata* de este último siempre vibraba la postrera en las alas del viento.

Muchas noches cogí la pluma, sumido en los dulces éxtasis que aquella música me producía, y corrió sobre el papel, dejando en espontáneas estrofas grabadas mis impresiones del momento.

De aquella época data mi poesía, titulada *Un Nocturno de Beethoven*, que empieza como sigue, si no me es infiel la memoria:

*¡Un nocturno alemán! ¿Oís? La mano
que despierta esa fácil melodía,
al herir el armónico piano,
hiriendo va á la vez el alma mía.*

Las almas que sufren presienten la proximidad de sus gemelas en el mundo. No sé por qué en los preludios de aquel piano, que parecía como el eco de mis suspiros, adiviné yo un alma que sufría también; tuve el extravagante capricho de leer en las notas que se perdían con las ondas del viento de la noche, un poema de lágrimas, y me empecé en que el artista desconocido había de ser mujer; la mujer desgraciada y joven, la joven hermosa, y la hermosa, poseedora de un corazón delicado y sensible.

Fácilmente se comprenderá que una vez forjado este ente ideal, que venía á ser por mis imaginaciones un compañero en la desgracia, de-

searía conocerle para rectificar mi juicio en el caso de una inesperada decepción.

Inquirí, pues, valiéndome de los medios usuales en tales casos, y supe al fin, con un placer hasta cierto punto bárbaro y egoísta, que el músico en cuestión era efectivamente una hermosa joven que vivía en la esquina opuesta, en una casa cuyos elegantes balcones daban frente al más pequeño de los míos, que llamábase Esperanza y que no gozaba de mucha salud.

Con estos datos coincidían algunos detalles que yo, por mi parte, había observado. Como la vía á que me refiero era sumamente estrecha y ambas habitaciones estaban situadas de modo que formaban dos ángulos cuyos lados eran exactamente paralelos por la parte de la calle, sus grandes cierros de cristal caían bajo mi inspección inmediata, bastándome sólo un balconcillo entreabierto para ver lo que pasaba enfrente, cuando no lo impedían los discretos visillos.

Una de las primeras noches que escuché el piano, y á favor de la luz que alumbraba el interior de las habitaciones, había visto dibujarse

tras de las transparentes cortinas de aquellos
vidrios una vaporosa sombra de mujer que des-
aparecía y aparecía por intervalos, pudiendo no-
tar que, durante los segundos que la graciosa
silueta resaltaba sobre los vidrios, el piano ja-
más dió al viento uno sólo de sus acordes.

Estas visiones nocturnas, unidas á los por-
menores que mi pupilera me facilitó, dieron nue-
vos toques al boceto fantástico que yo forjaba
en mi cerebro, haciendo de aquella mujer des-
conocida una especie de heroina de novela cuan-
do sólo era acaso una desgraciada vulgar.

Pero no adelantemos los sucesos.



III

Vino Julio, con sus tardes pesadas y sus noches diáfanas y calurosas.

La fresca brisa del Océano fué esperada con el deseo de las buenas nuevas, y los balcones y las rejas empezaron á abrirse de par en par á la caída de la tarde para recibir sus gratas caricias.

Las hermosas hijas de Gades, coronadas con las últimas preseas de Flora, y mostrando sus mórbidas gargantas bajo sus ligeros escotes de verano, aparecían en sus balcones al ponerse el sol como para continuar el día. Hubiérase dicho que las Nereidas, dejando sus palacios de coral, habían escalado la roca y paseaban por la ciudad de Hércules.

Al volver de una de mis solitarias excursiones por la muralla, ya después de anochecido, subí á mi observatorio. La luna empezaba á levantarse del fondo del mar y las constelaciones tachonaban el horizonte con sus caprichosas series de puntos luminosos.

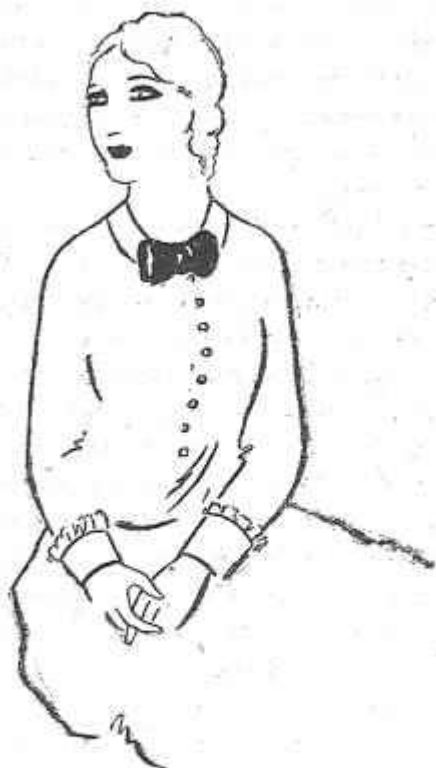
Después de recorrer con los ojos las encantadas perspectivas del cielo y el mar, cambié de objetivo pasando al balconcillo que daba frente á los cierros de Esperanza.

Los balcones estaban completamente abiertos y la habitación donde se hallaba el piano se ofreció á mi curiosidad en toda su anchura.

Insisto en dar los detalles del sitio en que se desarrolló este vulgar poema, porque de otro modo sería difícil apreciarlo en todo su valor; así, pues, procuraré describirlo minuciosamente.

Era un extenso cuádrilátero que recibía la luz por dos grandes balcones y una ancha reja, abierta en el muro por la parte del paseo de Apodaca.

Al extremo opuesto de la ventana se hallaba el piano, y sobre él un colosal espejo que, á juzgar por su colocación, estando abierta la reja,



.. reclinada indolentemente y vestida con una elegante bata...

debía reflejar el mar en su anchurosa superficie haciendo, por un delicioso fenómeno de refracción, que el que estuviera sentado en la elegante banqueta giratoria tuviese ante sí el sublime espectáculo de las olas y el juego eterno de sus espumas.

Una sillería de palo santo, con cubierta de damasco azul, una sencilla alfombra de colores y media docena de grandes marinas pintadas por manos hábiles, y colocadas en marcos dorados, daban á aquella habitación un aspecto bello y severo.

En una cómoda duquesita, reclinada indolentemente y vestida con una elegante bata de brillante floreado; alumbrada por los rayos suaves de una lámpara de porcelana que pendía del rosetón del techo, se hallaba la hermosa y delicada niña, que no en vano tenía el nombre de la inquietud y del deseo.

Sus ojos, clavados tenazmente en el espejo, permanecían inmóviles como esos ojos de piedra de las estatuas de nuestros templos.

Sus hermosos cabellos, peinados con esmero

y adornados por las últimas flores del estío, luminosos y revueltos como rayos de sol, formaban raro contraste con el color pálido y enfermizo de su tez y con el matiz blanquecino de su boca; cuya delicada curva parecía trazada por la mano insegura de la tristeza.

Su pie pequeño asomaba bajo los ondulantes pliegues de su bata, calzado con una preciosa babucha oriental de terciopelo carmesí, y en sus manos, pequeñas y descarnadas, brillaban, desplegando sus facetas de luz, dos ricas sortijas de brillantes.

Al verla no pude contener una exclamación de asombro.

El ideal que yo me había forjado de la hermosa y sentimental intérprete de Schubert tomaba forma y se realizaba. Esperanza era uno de los fantasmas que vagaban en el mundo de mis sueños, una realidad que yo había soñado.

¿Podría adivinar las tempestades de aquel alma como había adivinado sus encantos físicos? ¿Podría leer bajo aquellas cejas una historia de

amores sin equivocarme en una letra? Eso es lo que me pregunté al verla meditabunda y triste, aguardando, en una inmovilidad absoluta, que la noche mediera, para herir el teclado de su piano.

Mas eso no era posible. Los que sufren, todos se parecen; una tez más ó menos brillante y blanca, unos ojos más ó menos negros, una boca un sí no es grande ó pequeña, tienen idéntica expresión cuando los grandes dolores de la vida se posesionan del individuo. Pero ¿qué diferencia existe entre los abismos de un alma y otra!

Las sensaciones se miden, pero los sentimientos son incommensurables.

Esperanza sufría; eso no podía negarse; pero ¿qué clase de dolores eran los suyos? ¿Serían, como los míos, ilusiones desvanecidas de un momento ó sueños que huyen para no volver, llevándose nuestro último goce?

Así meditaba yo, en tanto que observaba, oculto tras las persianas de mi balcón, los menores movimientos de mi interesante vecina.



... una tez más ó menos brillante y blanca...

La casualidad, esa veleidosa amiga que tan pronto nos favorece como se burla de nuestras precauciones, poniéndose aquella noche de mi parte, me hizo penetrar en el santuario del corazón de aquella mujer.

1



IV

El toque de ánimas vibraba en la torre de la Catedral, y Esperanza continuaba inmóvil en su asiento.

De pronto, la puerta de la sala se abrió lentamente, y una doncella entró con afable ademán y puso una carta en manos de la enferma, desapareciendo sin detenerse.

Yo lo observaba todo; Esperanza abrió la pequeña y elegante carta y sus ojos se animaron, recorriendo con avidez sus líneas.

Vano sería mi intento de pintar las distintas sensaciones que pasaron por aquel rostro demacrado por la calentura; desde el goce más íntimo hasta la alegría más expansiva, desde el deseo hasta la satisfacción.

Aquel semblante parecía iluminado con luces extrañas; sus ojos azules y límpidos se vivificaban con los rayos de un sol nuevo, como el cielo de primavera; sus mejillas tomaron un ligero tinte rosado y sus labios se encendieron como dos claveles.

Aquella carta tan pequeña, tan lacónica, encerraba alguna de esas grandes dichas que se expresan con una palabra, porque no son para contadas ni para descritas.

A mí me pareció ver pasar en tropel por la imaginación de la joven esa ronda misteriosa de los sueños color de oro, y acaso no me equivoqué, pues al poco tiempo inclinaba los párpados sonriendo, y dormía y soñaba.

Su mano delicada, que aún conservaba la carta abierta, cayó lánguida y sin fuerzas sobre sus rodillas, y el pliego, dulce causa de aquel éxtasis, se deslizó hasta la alfombra, á los pies de su dueña.

Inverosímil parecerá lo que ocurrió, pero no por eso es menos cierto; la brisa empezó á jugar con aquel ligero billete, y haciéndolo

resbalar suavemente hasta el balcón y azotándolo después con fuerza, como si obedeciese á una orden incomprensible, lo impulsó en la región del aire, y haciéndole atravesar la calle, volteando como si fuese una gran mariposa blanca, lo hizo caer en mi balcón.

¿Cómo explicaros la singular emoción que experimenté ante tan caprichoso juego de la suerte? Iba á sorprender el secreto de la pobre niña, iba á conocer por completo la causa de sus pesares, de sus padecimientos, tal vez de su muerte... Extendí mi mano trémula é impaciente, con toda la cautela posible para no descubrir mis intenciones, y la pequeña carta perfumada estuvo á poco en mi poder.

Ella, entretanto, dormitaba. Vencida por un sueño delicioso, vagaba acaso por encantados alcázares y aéreos espacios; olvidaba la realidad por dulces mentiras, y daba tregua á sus dolores, huyendo algunas horas de la tierra.

Yo contemplé el papelito con la ansiedad del avaro que encuentra una moneda inesperadamente y la examina con atención para conven-

cerse de que el metal es de buena ley; lo volví y lo revolví entre mis manos, y mi corazón palpitó con violencia.

Era una pequeña y elegante misiva escrita en satinado papel inglés con elegante timbre. La luz de la luna y el reflejo de la lámpara de la habitación de Esperanza eran insuficientes para descifrar aquellos renglones de carácter desigual y menudo; necesitaba encender mi palmatoria.

Al dirigirme, trémulo de impaciencia, hacia mi mesa de estudio para llevar á cabo este propósito, una idea importuna y reveladora se levantó de mi cerebro como un obstáculo. Lo que yo iba á hacer era una infamia; un acto no de los que castiga la ley, pero sí de los que condena el raciocinio.

Valerme de la ligera complicidad del viento para sorprender secretos que no me pertenecían; rasgar el velo del santuario del corazón ajeno; sondear el fondo del alma de una pobre mujer que estaba próxima al sepulcro, era, en efecto, una acción indigna de un pecho generoso; era

una maldad sin nombre que no me debía permitir á mí mismo.

Retrocedí, por tanto, y volví al balconcillo con el billete en la mano, meditabundo y triste, como un pequeñuelo á quien no le permiten tocar á un juguete, buscando en la lógica de Kant algún argumento especioso que me probase lo contrario para rectificar mi juicio.

Pero la lógica, como siempre, fué inflexible, y su conclusión se tradujo en este mandato: «Hay que devolver el billete.»

El medio era fácil; uniéndolo a cualquier objeto pesado y sin necesidad de gran esfuerzo, por ser la calle en extremo estrecha, la carta hubiera vuelto á caer á los pies de su dueña; pero este medio era imposible, por lo pronto; la joven había despertado y, coordinando sus recuerdos y volviendo con la realidad á sus asuntos de la tierra, buscaba con los ojos la perfumada vitela, recorriendo la alfombra y separando con extrañeza los anchos pliegues de su falda, en los cuales pudiera haberse envuelto durante su sueño.

Su demacrado y hermoso rostro reflejó todas las fases del dolor y el recelo, y yo sentí ese mal-estar inexplicable del que conserva lo que no le pertenece. La situación no podía ser más embarazosa; era preciso resolverse á hacer algo, y como no podía meditar tranquilamente y tomé el camino más corto. Adelantéme cuanto pude sobre la balaustrada de mi balcón y, procurando dar á mi acento toda la dulzura posible para que no se sobresaltase, la llamé por su nombre, añadiendo en el mismo tono: «Aquí está lo que buscáis.»

Ella alzó sus hermosos y tristes ojos azules, que brillaban bajo un dosel de largas pestañas, y adelantó hacia el elegante cierro de cristales en ese estado de incertidumbre y curiosidad que nos produce lo inesperado; su planta, trémula é insegura, parecía salvar abismos sobre la alfombra.

—Señorita—añadí, al notar que llegaba al balcón y que procuraba en vano romper aquel embarazoso silencio—; tengo el gusto de poder devolverle este billete, que ha poco me ha traído una ráfaga de viento; si la brisa ha sido tan im-

prudente que ha querido poner sus secretos á mi disposición, yo no debo tener el derecho de penetrarlos.

—Caballero—repuso la joven, con una voz tan dulce como una de las notas de Schubert, que tan bien sabía interpretar, y comprendiendo en un volver de cabeza cuanto había ocurrido—; doy á usted las gracias por el favor, aunque no me explique cómo ha podido ser eso.

Viendo en esta contestación ancho campo á deliciosas aclaraciones, le expliqué, como pude, que estando sentado en mi balcón la había visto inclinar la cabeza sobre el respaldo de su asiento, que el papel se había deslizado por los anchos pliegues de su falda, y que el viento, encargándose de lo demás, lo había traído volteando hasta mi dormitorio.

Con una gracia inimitable comentó el caprichoso fenómeno, y después de un largo diálogo, en el que supe que era hija única de un anciano coronel, que vivía sola con su padre y una vieja doméstica desde que perdió á su madre, y otras generalidades que no hacen al caso, se despidió

de mí muy agradecida, después de recuperar la carta, que tuve el acierto de arrojar á su habitación, envuelta en una medalla de plomo que conservaba en mi colección de antigüedades para que el viento no hiciera de las suyas. \





V

Cuando Esperanza desapareció entornando las puertas del cierro, empecé á meditar seriamente en lo que me había acontecido.

Su manera de hablar y de sentir; sus finos modales; su *belleza vedada* por el vago tinte de esa enfermedad que se oculta á sus víctimas hasta el último instante; aquel misterioso billete, el cual no había podido descifrar aún; todo, en fin, era para mí una serie de detalles preciosos que me hicieron olvidar por un momento mis propios martirios.

Inmóvil en mi observatorio, forjaba á mi manera la historia de aquella hermosa niña, que tanto había sufrido, á juzgar por la copia de razón y experiencia que presidía á sus propios

años, que no muchos debía de contar, á mi juicio; y me prometía conocer la causa de sus pesares en la noche inmediata.

Sumido en estas reflexiones, vino á hallarme la armoniosa voz de su piano, que aquella velada no repitió la serenata de Schubert, ni los nocturnos de Beethoven. Olvidándose de sus melancolías cotidianas, cambió aquellas tristes y sentidas composiciones por aires vivos, alegres, casi locos: desde el rápido vals á la voluptuosa redowa; desde la móvil danza hasta la caprichosa jota aragonesa, todo pasó en vertiginoso giro por su teclado. ¿Era Esperanza la que lo hería?

Yo lo dudé un momento.



VI

A la noche siguiente subí al balcón á la misma hora, acariciando la idea de reanudar mis conversaciones con Esperanza.

Así fué, en efecto; cuando entreabrí el balconcillo, la joven estaba, como de costumbre, reclinada cerca del cierro; contestó á mi saludo con afectuosa cortesanía, y entablamos uno de esos diálogos que tienen el carácter más inocente del mundo.

La proximidad de nuestros balcones y la carencia de transeuntes hicieron sumamente fácil nuestra conversación, que fué enredándose como una madeja, llevándonos al fin al laberinto de algunas íntimas confidencias.

Preguntóme con exquisito tacto, que demos-

traba su esmerada educación, si había leído el billete que le devolví la noche anterior, y que llegó á mis manos de tan caprichosa manera.

Esta pregunta era la que yo acechaba, y á ella me así como á una tabla, para conocer el misterioso secreto; mi tenaz empeño en probarle que no había leído una sola letra le hizo sonreír de un modo dulce y seductor, y exclamar con el acento más natural del mundo:

—Su sacrificio merece recompensa; vais á saber lo que contenía.

Yo quise excusarme; pero ella, bajando los ojos y dando á su voz el tono vago de un arpa colia, me dijo estas palabras, que resonaron en mi oído como un sollozo:

—La carta es de mi prometido. Sólo contiene un juramento y una noticia. El juramento ya comprenderéis lo que puede ser: la noticia es la de su vuelta de América, en donde se encuentra hace tres años eternos. Como veis, estoy mala, muy mala...; no viviré mucho; Fernando me dice que vendrá por Octubre; sólo me entris-



*... la joven estaba, como de costumbre, reclinada sobre el
cierre...*

tece una reflexión: ¡vuelve á la caída de las hojas!...

No puedo explicaros lo que sentí al escuchar tan sencilla revelación; estas palabras encerraban un mundo de dolores, un abismo de ilusiones próximas á desvanecerse, un suplicio sin término.

—He aquí—prosiguió la joven haciendo un esfuerzo supremo para ocultar su emoción—por qué os fastidio perpetuamente con mi serenata de Schubert; ésta, que me habéis oído tantas veces, era su melodía favorita.

—Esperanza—le dije, familiarizándome inconscientemente con los pesares de aquella mujer, y procurando disimular la turbación que sus palabras me habían producido—: yo también sufro lejos de la que amo. ¿Quiere usted ser hermana mía? ¡Pluguiera al cielo que estuviese en mi mano hacerla feliz por completo! ¡Pluguiera al cielo que pudiera aliviar sus dolores!

Estas palabras la sorprendieron un tanto; sus labios se plegaron levemente, y ya iba á contes-

tarme, cuando su doncella penetró en la habitación.

—Me espera el médico, caballero—dijo sonriendo tristemente y procurando ahogar un golpe de tos que desgarraba su laringe—; hoy he tenido un mal día; mañana, si me lo permiten mis dolencias, tendré el placer de contestarle; sabed solamente que admito su fraternal ofrecimiento.

Dicho esto se retiró aceleradamente; yo la vi desaparecer con el corazón oprimido, y cerré el balconcillo exclamando: ¡Pobre Esperanza!



VII

Las dos noches que siguieron a esta extravagante entrevista en vano esperé los melancólicos acordes del piano de la joven; en vano estuve horas y horas en mi observatorio; las maderas de enfrente permanecieron cerradas; la casa estaba silenciosa como una tumba. Supe que Esperanza se hallaba en cama; su enfermedad se había agravado sin causa aparente.

Al fin, á los tres días volvieron á abrirse los cierros, y la encontré sentada en el sitio de costumbre. Estaba más pálida, casi lívida; de vez en cuando, una tos seca desgarraba su pecho y le hacía llevarse la mano á las sienes.

—Dispensadme—dijo, mirándome de una manera indescriptible—el que no haya cumplido

mi palabra. ¡Lo dicho, amigo mío, cuando vuelva Fernando habré caído con las hojas!

Yo procuré desvanecer aquellos justos temores. Con todo el calor de una elocuencia mentida la hice desechar, á fuerza de sofismas, los pensamientos lúgubres que abrigaba, y un lazo fraternal y puro, en el que ninguna parte tomó el amor, y, por consiguiente, exento por completo de egoísmo, unió desde aquella noche nuestras almas.

Supe la sencilla historia de sus amores. Prometida esposa de un capitán de fragata, esperaba su vuelta de América hacía dos años; las cartas de Fernando, que así se llamaba el marino, aunque apasionadas y dulces, tenían siempre alguna dificultad que oponer para su vuelta; Esperanza sufría y lloraba; los meses transcurrían en una perpetua inquietud, y la salud de la joven se debilitaba por momentos. Por haber visto asomar los mástiles de aquel buque hubiera dado toda su sangre.

Un curioso detalle había precedido á su despedida.

Fernando era muy aficionado á la música. Casi todas las noches Esperanza tocaba el piano, y el joven marino, que tenía una voz dulce y un talento artístico reconocido, solía cantar alguna romanza, la cual oía su futuro suegro el coronel cayéndosele la baba, como suele decirse.

La noche de la despedida, Fernando dijo á su novia:

—Voy á hacerme á la vela al apuntar el día; tenemos que separarnos, y es preciso que nos dejemos un recuerdo mutuo; acompáñame, voy á cantar la serenata de Schubert, que tú repetirás hasta mi vuelta, todas las noches, á esta misma hora.

Esperanza calló; una lágrima silenciosa rodó por sus mejillas, y sus dedos se deslizaron por el teclado; las cuerdas metálicas gimieron, y el capitán comenzó la melodía con voz que parecía un gemido; vano fué su empeño; no pudo continuarla; sus ojos se nublaron, y según confesaba en una de sus cartas, á no haber estado delante el coronel, hubiera llorado como un niño.



... Fernando, que así se llamaba el marino...

Separáronse; ella le envió el último adiós desde la reja, y siguióle con los ojos agitando su pañuelo. Cuando desapareció Fernando, sentóse de nuevo al piano; buscaba un lenitivo á sus pesares, y recurrió al bálsamo más dulce del arte, esa panacea universal de los espíritus, indeterminada, como lo desconocido, y sin término, como la gloria.

La joven empezó á tocar con el sentimiento más exquisito y la más consumada maestría todos los trozos predilectos de su amado: el delicioso *Miserere*, los nocturnos de Beethoven y el último vals de Wéber, pasaron por el teclado como una sucesión de suspiros, de risas y de sollozos. Esperanza desfallecía de pena y cansancio; la aurora empezaba á teñir los cristales del cierro con sus tintas de púrpura.

La reja de enfrente estaba abierta de par en par; Esperanza, en su precipitación, se había olvidado de cerrarla, y el fuego que encerraba su alma y el volcán que llevaba en su cerebro no le permitieron darse cuenta de este detalle.

El espejo que os he hecho notar, estaba en el

mismo sitio; reflejaba el cielo y el mar; y en el momento en que la niña iba á rendirse al cansancio, copió en su ancha superficie un buque de alto bordo, que desaparecía lentamente.

Esperanza quedóse extática contemplando aquel barco, que parecía ser el de su amado; sus manos, adquiriendo una fuerza desconocida, volvieron á caer sobre el teclado con una precipitación vertiginosa, y la dulce serenata de Schubert se desarrolló en el espacio en una rápida cadena de maravillosas notas. Cuando el buque desapareció por completo, Esperanza lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo sin sentido; gracias á que despuntaba la mañana, pudo socorrerla su sirviente.

—De otro modo—me decía ella tristemente—, hubiera dejado de sufrir.

VIII

Largo sería de reférir cómo se fueron estrechando nuestras relaciones amistosas á contar desde la noche en que me hizo Esperanza las anteriores revelaciones.

Por indicación suya busqué un íntimo amigo de su padre y pude á los pocos días visitarla. Su enfermedad tenía todas las alternativas que distinguen á esas afecciones que matan lentamente. Algunas noches la encontraba inconsolable; otras reía como una loca y hablaba conmigo de sus proyectos para el porvenir y del próximo regreso de Fernando.

El coronel sonreía tristemente mirando á su hija, y me oprimía la mano al despedirme. Aquellas escenas me afectaban tan profundamente

que me había olvidado por completo de mis propios dolores.

El otoño se acercaba. Esperanza estaba cada vez peor; sus pómulos habían deshecho el óvalo perfecto de su rostro; su cuello parecía adelgazarse y la curva deliciosa de su seno se iba transformando en la desconsoladora recta.

Sin embargo, todas las noches, excepto algunas que la obligaban á guardar cama, sentábase al piano, y fiel á la promesa que hiciera á su amante, repetía la melancólica serenata.

Yo la reconvenía por su afán de evocar aquellos recuerdos que tanto le hacían sufrir, y ella me contestaba siempre con una triste sonrisa.

Así pasaron los primeros días de Septiembre. Cádiz empezó á cubrirse con el triste manto de la estación de las nieblas; emigraron los bañistas, los pájaros y las flores dejaron de verse, y el cielo, tan azul y diáfano pocos días antes, se obscureció con frecuencia con ese color de plomo que parece la losa de las almas.

Yo me sentía aprisionado en el estrecho recinto de sus murallas, y pensé en abandonarlo

también; una sola causa me detenía á mi pesar: dejar de ver á Esperanza.

Esta se había reanimado con las primeras nieblas. Aquel cielo denso y aplomado era para ella una promesa: el plazo señalado para la vuelta de Fernando se aproximaba, y la pobre niña no apartaba los ojos del gran espejo colocado sobre su piano, creyendo que allí habían de destacarse las flámulas y los gallardetes del barco de su prometido.

Yo participaba también, así como el anciano coronel, de las *esperanzas de Esperanza*, y sólo en algunos momentos en que me substraía al dominio de los sofisticos razonamientos de la joven, suspiraba involuntariamente y me decía para mí: «Cuando venga será tarde.»

Pasaron una, dos y tres semanas. Octubre expiraba ya y la niña seguía persiguiendo los límites del horizonte desde la reja que daba al mar, y repitiendo la serenata como un reclamo. De vez en cuando un mástil asomaba en lontananza ó una vela blanca aparecía como un espectro; entonces sus mejillas coloreábanse, sus ojos bri-

flaban con la lucidez de la llama que va á extinguirse y levantábase de su asiento como movida por un resorte. Pero pronto se desvanecían sus imaginaciones y volvía á caer desfallecida.

Aquel era el dolor de los dolores...



IX

La ciudad parecía prepararse á recibir á ese mes lúgubre y sombrío que penetra en el catálogo del año sostenido por espectros y por plañideras.

Yo llegaba á casa de Esperanza; su padre, el anciano coronel, y una de sus amigas predilectas departían con ella en el salón del piano.

Algo grave debía de tratarse, pues las señas de inteligencia que me dirigieron al entrar daban á entender lo suficiente.

Esperanza estaba vestida de negro, y su extremada palidez le hacía asemejarse á un cadáver.

Levantándose con la volubilidad de una niña que busca protección contra las órdenes seve-

ras de un pedagogo, se dirigió á mí diciéndome, con un supremo esfuerzo de angustia, que en vano pugnaba por ocultar bajo el velo de una frívola y mentida alegría:

—Vamos, señor poeta, vos que conocéis á los que están próximos á lanzarse en el infinito, ¿creeis que tengo que estar poco sobre la tierra?

—No, seguramente—contesté tratando de ocultar una lágrima rebelde que pugnaba por escaparse de mis ojos al advertir que se trataba de prodigar á la joven los últimos auxilios de la religión.

—¿Lo ves, papá?...—dijo encarándose con el anciano, que volvió el rostro por no mostrar sus ojos arrasados por el llanto.

—En prueba de que estoy bastante mejor y de que no necesito tan prematuros *auxilios*—repitió la enferma vacilando sobre la alfombra y dejando escapar involuntariamente un desgarrador suspiro—, voy á regalaros el oído algunos minutos.

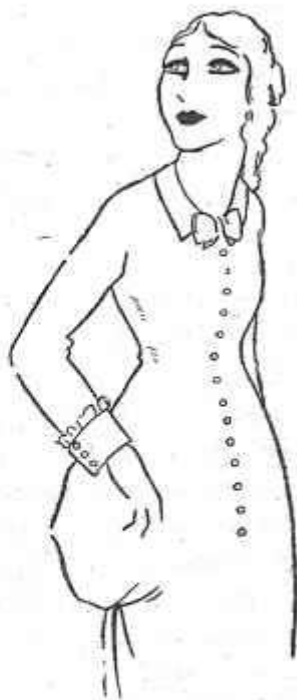
Y sin esperar respuesta se dirigió al piano con paso incierto, acomodándose en el taburete.

Las últimas luces de la tarde penetraban por la reja de enfrente. Bañada por sus rayos indecisos, Esperanza parecía uno de esos seres fantásticos que la imaginación calenturienta crea en uno de sus momentos de extravío.

Su traje negro, cayendo en anchos pliegues, sus sedosos cabellos peinados con el más delicioso descuido, sus hombros angulosos y descarnados, sus manos pequeñas, que se transparentaban como hojas de nácar vistas al trasluz, su rostro, en fin, hermoso é interesante, á pesar de su extremada demacración, todo conspiraba á infiltrar en el ánimo esa alucinación extraña de que es pálido reflejo el efecto producido por los lienzos caprichosos del sombrío pintor Hogarth.

Yo temblaba; aquella escena parecía tener algo de sobrenatural y misterioso; al sentarme creí que me apoyaba en un haz de puntas de acero.

La enferma, entretanto, volviendo el rostro y saludándonos con una sonrisa imposible de concebir, recorrió el teclado levantando un raudal de melodiosos acordes, y después de interpretar con una valentía sorprendente los trozos más



... ¿crees que tengo que estar poco sobre la tierra?

difíciles de los grandes maestros, empezó á preludiar con lentitud su inolvidable melodía.

El coronel y su amiga se estremecieron; yo no me atrevía á respirar; aquella serenata parecía resonar como una plegaria; hubiera jurado que entre sus vibrantes notas oíase el doble de las campanas y el triste salmo: *De profundis clamaui ad te!*

Temblaban ya las últimas notas en el espacio, cuando por una coincidencia fatal el espejo copió en su ancha superficie el contorno móvil de un buque en alta mar.

Esperanza, al observarlo, lanzó un grito penetrante y dobló la cabeza sobre el teclado. Aquel grito lúgubre y el gemido de las cuerdas metálicas estremecidas nos sacaron de nuestro estu-
por y corrimos aceleradamente hacia ella.

La hallamos rígida, fría como el mármol; sus ojos, extremadamente abiertos, parecían buscar alguna cosa en torno suyo.

Estaba muerta.

La tarde que debía verificarse el entierro de la pobre niña, la fragata *Sagunto*, procedente de América y mandada por el capitán don Fernando de Zúñiga, fijaba sus anclas en las aguas de Cádiz.

Cuando el joven marino, loco de dolor, después de saltar en tierra y saber la noticia, llegaba á casa de su prometida, el fúnebre cortejo volvía lentamente del camposanto por el lado opuesto.

Inútil creo bosquejar las escenas dramáticas de que fui testigo. Lágrimas, sollozos, imprecaciones, cuantas fórmulas de expresión tiene el pesar sobre la tierra, fueron apuradas por aquellos dos hombres que todo lo habían perdido.

La desesperación del desgraciado amante y las tristes quejas del anciano parecen que resuenan aún en mi oído al evocar estos recuerdos.

Aquella misma noche arreglé mi equipaje, y á la mañana siguiente salí de Cádiz, meditando tristemente en aquella historia de lágrimas y concluyendo con este proverbio indio:

«La felicidad que se espera es una tortuga; la que se persigue es un relámpago; ésta no se alcanza jamás sobre la tierra: aquélla no llega nunca á tiempo »

FIN

LA SEMANA PRÓXIMA

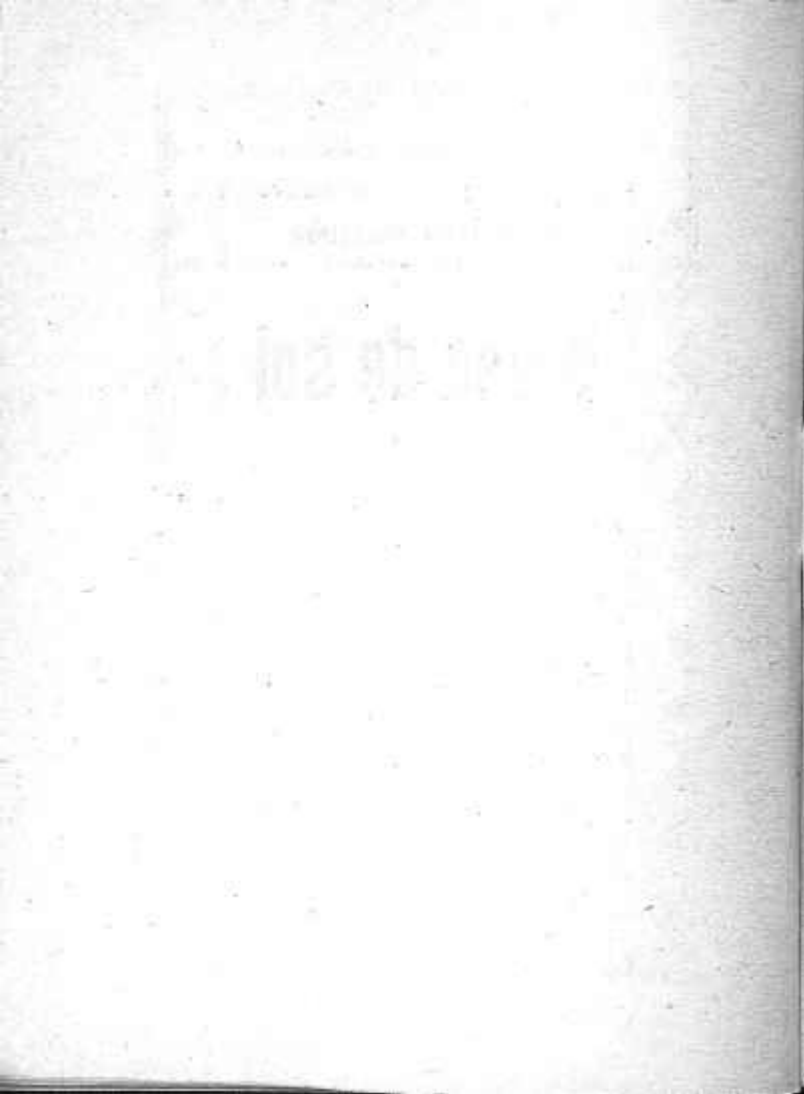
Brasa de sol

NOVELA

POR

Alfonso Vidal y Planas

30 CÉNTIMOS



UNA VERDADERA BIBLIOTECA DE NOVELAS ADMIRABLES

Desde el 25 de Junio de 1921, en que apareció el primer número de LA NOVELA SEMANAL, ha ido publicando esta revista una serie de novelas admirables. Basta examinar el índice de títulos y autores para comprender cómo esta colección magnífica reúne los más importantes de la producción de tan difícil género literario y cómo los lectores que quieran poseer con poco gasto una selección novelesca de primer orden, habrán de elegir entre nuestra interesantísima serie de narraciones españolas y extranjeras. A continuación damos una lista de las obras publicadas hasta la fecha, clasificándolas por orden alfabético de autores y haciendo constar el número de orden correspondiente. Cada ejemplar de LA NOVELA SEMANAL, sea de la fecha que fuere, puede ser adquirido al precio de treinta céntimos el número corriente y cincuenta céntimos el número extraordinario, solicitándolos directamente en nuestra administración.

AUTORES ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

- FRANCISCO ACEBAL.—*Penumbra* (núm. 152).
 GABRIEL ALOMAR.—*El sorbo del heroísmo* (91).
 «ANDRÉNIO».—*El talismán de Napoleón* (47).
 LUIS ANTÓN DEL OLMET.—*La diablesa* (20), *El noventa y ocho* (54), *El nido del Amor y de la Muerte* (86).
 JOAQUÍN BELDA.—*Un viaje en el «Metro»* (7), 122-128 de *Jordán* (37), *En el pasillo* (60).
 RUBINO BLANCO-FOMBONA.—*Crispulo y su enamorada* (151).
 VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—*Puesta de sol* (1).
 EDUARDO BARRIOBERO Y HERRÁN.—*Maria o la hija de otro jornalero* (35).
 LUIS BELLO.—*Historia cómica de un pez chico* (21).
 TOMÁS BORRÁS.—*La doncella de la risa y el llanto* (13), *La mujer de sal* (45), *Trasmundo* (115).
 MANUEL BUENO.—*El mártir* (111), *Historia breve de un breve amor* (134).
La ciudad del milagro (159), *Frente á frente* (184).
 CARMEN DE BURGOS «COLOMBINE».—*El artículo 438* (15), *El extranjero* (94), *El anhelo* (106), *La melena de la discordia* (193).
 «EL CABALLERO AUDAZ».—*La venganza del recuerdo* (2), *La paz del camino* (30), *El héroe de la Legión* (extraordinario), *Los celos viven* (147).
 FRANCISCO CAMPA.—*Mimi Magdalena* (156).

- RAFAEL CANSINOS-ASSENS.**—*La novia escamoteada* (24), *El último trofeo* (74), *Ancilla Domini* (110), *La prenda del amor* (166).
LUIS CÁNOVAS.—*El fiscal* (73).
E. CARRASQUILLA MALLARINO.—*La Virgen salvaje* (53).
EMILIO CARRERE.—*La conversión de Florestán* (6), *La mala pasión* (34), *Las inquietudes de Blanca Emeria* (67), *La última noche del capitán Martín Ariza* (79), *Jerónimo Expósito* (133), *Rata de hotel* (160), *La estela de Don Juan* (178), *El sacrificio* (extraordinario), *La dolora del burlador* (extraordinario).
SOFÍA CASANOVA.—*Princesa rusa* (55), *Kola, el bandido* (101).
VICENTE CASANOVA.—*La toga del reo* (104).
CLARÍN.—*Pipá* (194).
CRISTÓBAL DE CASTRO.—*Mujeres solas* (11), *La hija de Cronwell* (41), *Cú-Cú* (84), *Otelo y su mono* (127), *La gacela negra* (154), *Los emboscados* (180), *Jandra y el cosaco* (extraordinario).
ANTONIO CASERO.—*La chica de la Arganzuela* (23), *A orillas del Manzanares* (57).
ENRIQUE CONTRERAS Y CAMARGO.—*Culpa en la sombra* (62).
AUGUSTO D'HALMAR.—*Mi otro yo* (157).
GUILLERMO DÍAZ-CANEJA.—*El romántico de aldea* (46), *No me quieras tanto* (102), *El cinico encumbrado* (112), *Celos mal reprimidos* (136).
VICENTE DÍEZ DE TEJADA.—*Roto el encanto* (22), *La manzana podrida* (65), *Los comedores de agraz* (83).
EUGENIO D'ORS.—*El sueño es vida* (52).
CONCHA ESPINA.—*Cumbres al sol* (28), *El secreto de un diáspira* (145), *El príncipe del cantar* (extraordinario).
LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN.—*La honrada casa de los Crespo* (107).
WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ.—*Aire de muerto* (9), *La familia Gomar* (51).
JUAN FERRAGUT.—*El desquite del alma* (32), *La piel maldita* (137), *La misma sangre* (extraordinario).
JOSÉ FRANCÉS.—*La sirvienta* (5), *La voluntad de los otros* (44), *Detrás de la Cruz* (76), *La extraña pareja* (99), *La cadena* (113), *Piedra en torrente* (135), *Rostros en la sombra* (164), *El demonio secreto* (195), *El admirador* (extraordinario).
MANUEL GÁLVEZ.—*Pequeña sinfonía en blanco y negro* (171).
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.—*Prólogo y epílogo* (105), *Más secretos de Venecia* (187).
E. GUTIÉRREZ GAMERO.—*El loro mudo* (98).
ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.—*El Evangelio del Amor* (83).
GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA.—*De lejos* (88).
RÁMON GÓMEZ DE LA SERNA.—*La otra raza* (123).
ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.—*El jado del Paço d'Arcos* (33), *Españolitas de Lisboa* (100), *La fuerza triste* (126).
ALBERTO GHIRALDO.—*La infancia del apóstol Salvadorito* (175).
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.—*El drama de la señorita Occidente* (12), *El gigante* (53), *Bajo la luz* (95), *El sembrador de sal* (120), *Girasol* (149), *Piedras preciosas* (174).
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.—*El café de camareras* (4), *El pobre fenómeno* (50), *La argolla* (80), *En hombros y por la puerta grande* (158), *La sangre del hijo* (176), *Bajo el sol enemigo* (extraordinario), *Leción de cosas* (extraordinario).

- ALBERTO INSÚA.—*La hiel* (8), *La mujer y la muñeca* (49).
- ALEJANDRO LARRUBIERA.—*El hechizo de la jarándula* (77), *El espejo en tinieblas* (121), *En la noche milagrosa* (191).
- MANUEL F. LASSO DE LA VEGA.—*El hermano* (85).
- ANTONIO DE LEZAMA.—*Los caballeros de Alcántara* (extraordinario).
- RAFAEL LÓPEZ DE HARO.—*La monja de cera* (13), *La duquesa Ofidia* (48), *La suprema ley* (64), *Flores del dancing* (172).
- JUAN J. LORENTE.—*La mascota rubia* (87), *La musa de fuego* (117), *Corazón aventurero* (132).
- MANUEL LINARES RIVAS.—*El hombre que lo sabía todo* (19).
- ANTONIO G. DE LINARES.—*La modelo de Eva Sonemberg* (58).
- EDUARDO MARQUINA.—*El alma de Sixto* (17), *La casa cerrada* (69), *Un niño malo* (122), *La flecha perdida* (extraordinario).
- GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.—*Cada uno y su vida* (139).
- AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.—*Luz de ocaso* (27), *Expiación* (75), *La señora de Ancedo* (97), *No era él* (125).
- PEDRO MATA.—*Lo que está de Dios* (36).
- CARLOS MICÓ.—*Lupo, sargento* (extraordinario).
- GABRIEL MIRÓ.—*Señorita y sor* (143).
- ROBERTO MOLINA.—*Las mismas palabras* (56).
- FERNANDO MORA.—*Los hijos no son una propiedad* (82).
- CARLOS MARÍA OCANTOS.—*La viuda* (190).
- JOSÉ ORTEGA MUNILLA.—*La niña de México* (16).
- JOSÉ ORTIZ DE PINEDO.—*Rosarito* (70).
- ARMANDO PALACIO VALDÉS.—*El saladero* (109).
- RAMÓN PÉREZ DE AYALA.—*Cuarto menguante* (14), *El ombligo del mundo* (42).
- JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.—*La viuda de Perrin* (21).
- EMILIANO RAMÍREZ ÁNGEL.—*Las noches del trópico* (89), *Un año de amor* (124), *Anda que te anda* (168).
- ALVARO RETANA.—*El escapulario* (40).
- CEFERINO RODRÍGUEZ AVECILLA.—*Margot quiere ser honrada* (68).
- JOAQUÍN ROMERO MARCHÉN.—*Vidas rotas* (103).
- MARIO ROSO DE LUNA.—*En suspensión de pagos* (181).
- JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.—*Las pupilas acusadoras* (118), *Final de drama* (131), *El amor en transatlántico* (162).
- DIEGO SAN JOSÉ.—*La espada del Duque de Alba* (25), *De capellán a guerrillero* (78), *Buena boda* (93), *El diablo a las puertas del cielo* (108), *El pájaro suelto* (130), *El azotado* (192).
- FELIPE SASSONE.—*Ladrón de vida y de amor* (10), *23 encarnado, impas y pasa* (71).
- ANTONIO DE TRUEBA.—*El Judas de la casa* (188).
- ALBERTO VALERO MARTÍN.—*La novia del estudiante* (39), *Rosa María* (61), *La amante del presidiario* (92), *Por el amor de una enferma* (116), *Los bebedores de sangre* (128).
- RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.—*La rosa de papel y La cabeza del Bau-tista* (141), *Cartel de feria* (183).
- ALFONSO VIDAL Y PLANAS.—*La camisa fatal* (96).
- SANTIAGO VINARDELL.—*El mártir* (90).
- EDUARDO ZAMACOIS.—*Memorias de un vagón de ferrocarril* (3), *Una buena acción* (26), *Horas locas* (extraordinario), *El marido no quiere* (87), *Sobre el mar* (119).

ANTONIO ZOZAYA.—*Miopita* (31), *Los instintos* (extraordinario) *Maritín* (114), *Los amores muertos* (170).
HUGO WAST.—*Sangre en el umbral* (165).

AUTORES EXTRANJEROS

NOREERTO DE ARAUJO (portugués).—*El loco de las estampas* (150).
GILBERTO BECCARI.—*Iberá* (185).
ANTONIO BELTRAMELLI.—*El alma de la casona* (161).
RENÉ BIZET.—*Una vez en un hotel...* (163).
LUIGI CALLARI.—*Villa lontana* (173).
JACQUES CAZZOTTE.—*El diablo enamorado* (139).
SOUSA COSTA.—*Cómo se hace un ladrón* (155).
MAX DAIREAUX.—*La extraña pasión* (148).
GRAZIA DELEDDA.—*El novio desaparecido* (146).
CHARLES DERENNES y AIMÉ GRAFFIGNE.—*Un hombre de pocas palabras* (169).
WILLY DENCKER.—*El confidente* (177).
CHARLES GENIAUX.—*Mansión de eternidad* (155).
MÁXIMO GORKI.—*La vieja Izerguil* (138).
ROCHA MARTINS.—*El glorioso abuelo* (144).
FRANCIS DE MIOMANDRE.—*El hijo pródigo y su padre* (142).
ROBERTO PALMAROCHI.—*Buena gente* (179).
GASTON PICARD.—*El encargado de equipajes* (189).
MARIO PUCCINI.—*Herrumbre* (extraordinario).
AQUILINO RIBEIRO.—*El hombre que mató al diablo* (167).

Todos los originales que publica LA NOVELA SEMANAL son rigurosamente inéditos y escritos expresamente para esta revista, excepto los pertenecientes a la serie *Los maestros de la novela española en el siglo XIX*, que, como su título indica, son escrupulosas reediciones de obras de autores ya fallecidos.

Las traducciones de novelas extranjeras se encomiendan á ilustres escritores españoles de merecido prestigio como novelistas.

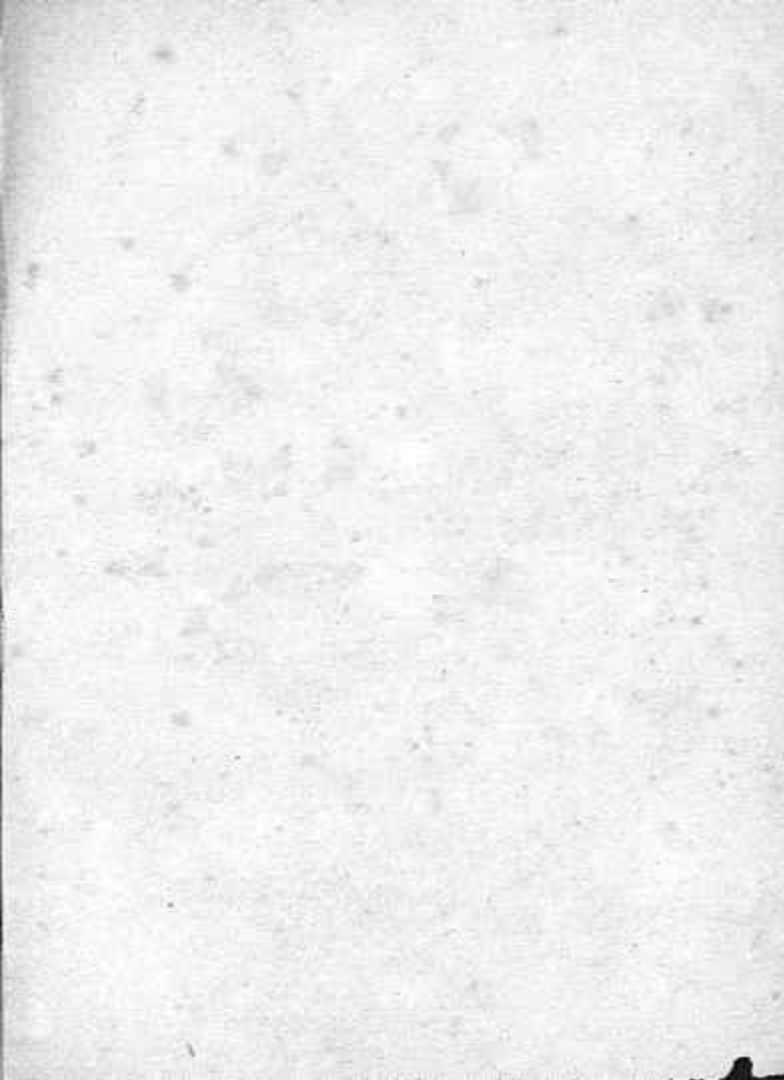
Cada novela va precedida de un completo estudio biográfico-crítico ó de opiniones de insignes escritores acerca del autor, que contribuyen á divulgar su personalidad.

Las cubiertas á todo color y las ilustraciones de la serie *Los maestros del siglo XIX*, son originales de los ilustres dibujantes Bartolozzi, Manchón, Bujados, Ribas, Baldrich, Sancho, Benet, Igual Ruiz, Sáez de Tejada, Escribá, Durias, Ramos, Martín Durbán, etc., etc.

En LA NOVELA SEMANAL se dará cuenta de todo libro recién publicado y del cual se remitan dos ejemplares á la Dirección.

LA NOVELA SEMANAL se publica los sábados, y se vende en toda España al precio de TREINTA CENTIMOS ejemplar.

LA NOVELA SEMANAL es la primera revista de su género que ha incorporado al grupo de sus colaboradores españoles la importante colaboración de los novelistas hispanoamericanos.





A3014